

TAREAS DEL LAICO EN AMERICA LATINA

A LA LUZ DE VATICANO II, MEDELLIN Y PUEBLA

**Secretariado Latinoamericano del
Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos**

MIIC-PAX ROMANA

**Abril
1986**

Aptdo. 3090 – Lima 100 Perú

PRESENTACION

Ante la celebración del Sínodo de 1987: "Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, veinte años después de Vaticano II", los grupos y comunidades pertenecientes al Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos de América Latina han reflexionado y revisado su identidad laical a la luz de los desafíos de la realidad latinoamericana y la tarea de la Iglesia presente en ella.

Queremos poner en manos de los miembros del propio movimiento esta síntesis del trabajo realizado. Muchos aportes llegaron bajo la forma de reflexiones realizadas en jornadas con motivo del Sínodo; otras provienen de temas elaborados en los distintos grupos del movimiento y que si bien no fueron trabajados específicamente en función de este evento, plantean puntos importantes en relación a la identidad laical de los miembros del MIIC.

Nos interesa también entrar, a partir de estas reflexiones, en una mayor y más cercana relación con otros grupos y movimientos laicales en América Latina. Se hace cada vez más urgente y necesario el diálogo entre nosotros. Quien sabe no hemos sentido con tanta intensidad como ahora en América Latina, el llamado a los hombres y mujeres cristianos a transformar todos los signos de muerte: violencia, injusticia económica, opresión política, racial, sexual, en alternativas de vida y paz. No es momento de abstenciones espiritualistas ni tampoco de reducciones fáciles. El hombre y la mujer de Iglesia, con fuerte identidad, pero sin soberbias ni "seguridades" institucionales, está llamado hoy a estar cerca e involucrado en todas las angustias y búsquedas humanas para servir y no para imponer. Con este actitud laical queremos acercarnos a los otros movimientos y grupos de laicos.

Finalmente, queremos acercarnos más a nuestros obispos. Que este esfuerzo puesto por escrito, expresión de nuestra reflexión cotidiana, en nuestras comunidades de profesionales e intelectuales nos sirva de

motivo de diálogo e intercambio en función del enriquecimiento de nuestra Iglesia.

Queremos agradecer muy sinceramente a nuestro asesor regional, el Padre Angel Salvatierra por su apoyo y valioso aporte en este texto.

*Susana Villarán
Secretaria Latinoamericana
Movimiento Internacional de
Intelectuales Católicos
(PAX ROMANA — MIIC)*

TAREAS DEL LAICO HOY EN AMERICA LATINA

A LA LUZ DE VATICANO II, MEDELLIN Y PUEBLA

INTRODUCCION

Ante la celebración del Sínodo de los Obispos sobre los laicos, convocado para 1987, los grupos y federaciones nacionales del MIIC de América Latina, que agrupan a intelectuales y profesionales cristianos, han reflexionado sobre las "Tareas del Laico hoy en América Latina". El Secretariado Latinoamericano del Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos (PAX ROMANA) entrega esta síntesis de la reflexión conjunta a los miembros del propio movimiento, a los demás grupos de laicos de nuestra Iglesia y a nuestros pastores, contribuyendo con ello al próximo Sínodo de 1987.

El reconocimiento de la identidad y del papel del laico cristiano viene unido al descubrimiento del mundo desde una comprensión más profunda de la encarnación de Cristo, a cuyo señorío nada escapa y cuyo designio salvífico se extiende a todas las dimensiones de la vida humana y secular de la existencia humana y de los valores terrestres. En este contexto el laico, miembro del Pueblo de Dios, que no es ni clérigo ni religioso, recupera su identidad y su misión como miembro de la Iglesia. El Concilio Vaticano II sanciona en forma definitiva la identidad y misión del laico.

"La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado" (*Apostolicam Actuaositatem*, 2). De esta suerte se supera una concepción eclesial empobrecida que, en la práctica, diferenciaba entre miembros activos y pasivos del Pueblo de Dios. La vocación cristiana es simultáneamente vocación a la santidad y al apostolado, como dos aspectos vinculados mutuamente. Todos los bautizados están llamados a participar activamente en la extensión del Reino de Dios, aunque de diferentes maneras. Cumpliendo esta tarea acceden a la santidad. "Los seglares, al haber recibido participación en el ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les atañe en la misión total del Pueblo de Dios.

Ejercen, en realidad, el apostolado con su trabajo por evangelizar y santificar a los hombres y por perfeccionar y saturar de espíritu evangélico el orden temporal, de tal forma que su actividad en este orden de claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres” (A.A., 2). En esta misma línea los documentos de Puebla reconocen a los laicos como “hombres de Iglesia en el corazón del mundo y hombres del mundo en el corazón de la Iglesia” (Puebla 786).

Iglesia y mundo son dos dimensiones necesarias y englobantes que definen la identidad y misión específica del laico. Iglesia y mundo son, en realidad, perspectivas propias pero fuertemente vinculadas a tomar en cuenta para definir la tarea de cada uno de los miembros del Pueblo de Dios. Hasta el Vaticano II se ha vivido frecuentemente en una dicotomía de funciones: los clérigos y religiosos se dedicaban a edificar la Iglesia, mientras los laicos se encargaban de la construcción del mundo. Unos y otros —recalca el Concilio— deben participar, a su manera, en la edificación de la Iglesia y en la construcción del mundo. El laico debe cumplir su propia misión no solamente en el mundo sino también en la Iglesia (A.A. 5).

He aquí la perspectiva eclesial del laico: bautizado en Cristo, ungido por el Espíritu Santo, miembro del Pueblo de Dios —profético, sacerdotal y real— (1 Pdr 2,9) e inmerso en el mundo como en su ámbito propio y específico de vocación y misión. Por tanto, los laicos deben escuchar atentamente los llamados del mundo: es decir, estar abiertos a la realidad, descubriendo en ella los “signos de los tiempos”. Ello implica una profunda y permanente formación y una intensa espiritualidad laical. Dicha espiritualidad se basa en la Palabra de Dios, se nutre con la celebración de la fe y madura en el compromiso cotidiano. Se requiere asimismo una verdadera comunión eclesial tanto con los pastores como con los demás miembros del Pueblo de Dios.

La fisonomía y misión del laico en América Latina están marcadas por la realidad de un pueblo creyente que vive en una situación de injusticia, opresión y violencia. De allí la exigencia de acentuar la dimensión profética de una Iglesia comunitaria y liberadora. La opción por los pobres es signo fundamental de una Iglesia que anuncia y acoge el don del Reino de Dios comprometiéndose en crear una sociedad justa y fraterna; que apuesta por la vida en situaciones de muerte, por la comunidad en un sistema individualista y por el hombre latinoamericano al hacerlo en favor del no-hombre, el pobre. La mayoría de los creyentes de nuestro continente son pobres y son laicos.

En este mundo latinoamericano y en esta Iglesia que ha optado preferencialmente por los pobres, los laicos asumimos ser:

- **Sacramento de Cristo**, restaurador del plan de Dios: Inmerso en el mundo, transformando las estructuras y orientando la historia en los designios del Padre; el laico es sacramento de Cristo (cf. Lumen Gentium 36).

Sacramento de la Iglesia: El laico comprometido en el mundo y parte del mundo, es sacramento de la Iglesia es decir, signo eficaz y visible en el mundo para anunciar el Reino, denunciar lo que se opone a él, santificar toda la realidad y ponerla al servicio del hombre y en función de la acogida al Reino de Dios.

Sacramento de la humanidad: En cada hombre es la humanidad la que cae y se levanta y con dolores de parto se perfecciona en la perspectiva del nuevo y definitivo Adán.

Al ser en el mundo sacramento de Cristo, de la Iglesia y de la humanidad, el laico se hace sacramento del mundo en, con y para la Iglesia (Puebla 786, Lumen Gentium 4).

1. VATICANO II, MEDELLIN Y PUEBLA

1.1. ACOGIDA

El Concilio Vaticano II ha sido un momento privilegiado de auto-comprensión de nuestra Iglesia como Iglesia universal. Su doctrina en general, y especialmente sobre el ser y quehacer de los laicos en la Iglesia y en el mundo, constituye un valioso patrimonio teológico, pastoral y espiritual para el conjunto del Pueblo de Dios. Se puede decir que su recepción aún no ha culminado entre nosotros y que, a veinte años del Concilio, éste sigue siendo un desafío para nuestras iglesias particulares y su misión evangelizadora.

Vaticano II es más que un conjunto de documentos. Impulsa cada vez más un espíritu de renovación que ha fortalecido y rejuvenecido nuestra Iglesia y que le ha permitido mayor presencia evangelizadora en el mundo contemporáneo como en América Latina lo muestran con particular vitalidad las Comunidades Eclesiales de Base. A la vez, debemos reconocer que para un amplio sector del laicado, Vaticano II no ha sido aún suficientemente asumido como un nuevo Pentecostés (Cfr. Sínodo de 1985).

Al finalizar el Vaticano II existió en todas nuestras Iglesias locales un esfuerzo por difundir los mensajes y textos conciliares. Los medios de comunicación social se hicieron de alguna manera eco de este magno acontecimiento eclesial. Pero, sobre todo, la difusión entre los laicos se ha dado a través de celebraciones eucarísticas, reuniones y encuentros. Aún así, en la mayoría de los fieles no ha habido una reflexión propia respecto a las enseñanzas del Vaticano II. Sin embargo, una parte del Pueblo de Dios ha acogido y comprendido las enseñanzas del Vaticano II, —particularmente en lo que respecta al rol del laico— y las han hecho vida. Los miembros del MIIC hemos recibido con gozo el mensaje del Concilio, reconociendo el impulso que nos ha llegado del mismo para definir nuestra tarea como profesionales e intelectuales cristianos en nuestro tiempo. En cuanto a la misión del laicado señalada por Vaticano II, podemos afirmar que la hemos conocido a través de nuestros movimientos.

Los laicos de hoy, que hemos vivido el acontecimiento conciliar,

hemos recibido sus frutos y acogido sus aportes por medio de nuestras comunidades o grupos de apostolado y también a través de los esfuerzos de la Iglesia por renovarse según el Concilio. Junto al nivel de difusión de los documentos conciliares está la acogida vivencial del Concilio. Mientras unos han vivido el acontecimiento conciliar como una inyección de oxígeno evangélico y de esperanza, otros lo han mirado con desconfianza, reduciendo la doctrina conciliar en perspectivas espirituales o secularistas.

La Conferencia Episcopal de Medellín significó una vigorosa recepción de Vaticano II en las particulares condiciones de nuestro continente. Puebla reafirma y profundiza esta perspectiva. Medellín y Puebla reconocen la situación de pobreza y opresión en que se encuentra la mayoría del pueblo de América Latina. Presentan esta situación como el desafío principal a la misión evangelizadora. Los documentos de Medellín reafirman que la misión del laico es llevar al mundo el mensaje de evangelización siendo solidario con los que sufren. Desde esta situación se actualiza la enseñanza conciliar para la Iglesia de América Latina. De-seamos citar aquí el número 9 del documento sobre Movimientos de Laicos de Medellín:

“Lo típicamente laical está constituido, en efecto, por el compromiso en el mundo, entendido éste como marco de solidaridades humanas, como trama de acontecimientos y hechos significativos, en una palabra, como historia. Ahora bien, comprometerse es ratificar activamente la solidaridad en que todo hombre se halla inmerso, asumiendo tareas de promoción humana en la línea de un determinado proyecto social.

El compromiso así entendido, debe estar marcado en América Latina por las circunstancias peculiares de su momento histórico presente, por su signo de liberación, de humanización y de desarrollo.

Por demás está decir que el laico goza de autonomía y responsabilidad propias en la opción de su compromiso temporal. Así se lo reconoce la *Gaudium et Spes* cuando dice que los laicos “conscientes de las exigencias de la fe y vigorizados con sus energías, comentan sin vacilar, cuando sea necesario, nuevas iniciativas y llévenlas a buen término... No piensen que sus pastores estén siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aún graves, que surjan. No es ésta su misión. Cum-

plan más bien los laicos su propia función con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta —de la doctrina del Magisterio—. Y, como lo dice el llamamiento final de la *Populorum Progressio*, “a los seglares corresponde, con su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas y directrices penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven”.

Se puede citar también el gran movimiento de reflexión y estudio en torno a las encíclicas *Populorum Progressio*, la Exhortación Apostólica “*Evangelii Nuntiandi*” y la Encíclica “*Laborem Exercens*”, entre otros.

1.2. FRUTOS PRODUCIDOS

El Concilio nos presenta la Iglesia como “sacramento universal de Salvación”. La Iglesia da testimonio de la acción salvadora de Dios en la historia humana, estando al servicio del mundo para su salvación. El laico está comprometido en esta tarea como miembro de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II se esfuerza en mostrar al laico la gran riqueza de haber sido incorporado a Cristo y a su misión e integrado al Pueblo de Dios. Todo fiel es llamado al apostolado y por eso es enviado como miembro de una comunidad a la santificación del mundo.

La eclesiología del Concilio, centrada en la noción bíblica de Iglesia como “Pueblo de Dios” (*Lumen Gentium*), y la relación entre Iglesia y mundo contemporáneo, pidiendo estar atentos a los signos de los tiempos, sitúa el contexto sobre la misión de laico en el mundo y en la Iglesia.

Una eclesiología basada en la comunión con Dios y con los hombres es el aporte y el gran reto planteado por el Vaticano II. Se insiste en la necesaria participación de todos los miembros de la Iglesia. Sectores antes relegados, los laicos entre ellos, merecen especial atención. El Concilio define la Iglesia a partir del Pueblo de Dios, todo él comprometido en la misión evangelizadora a través de diferentes servicios o ministerios, igualmente dignos y necesarios al anuncio efectivo del Reino. La dimensión jerárquica se enmarca dentro del Pueblo de Dios y a su servicio, promoviendo la tarea evangelizadora y contribuyendo a vivir la comunión eclesial.

Recogemos seguidamente los frutos más importantes producidos por el Concilio dentro de esta eclesiología de comunión y participación.

La lectura y difusión, de la Palabra de Dios por parte de todo el pueblo cristiano, y particularmente por los pobres, impulsadas por el Concilio, son uno de los frutos principales productos. Se ha generado un redescubrimiento de la Biblia en relación estrecha con los hechos de la vida cotidiana por medio de la reflexión comunitaria.

Hemos experimentado a la Iglesia como Pueblo de Dios, pueblo peregrino abierto a los signos de los tiempos, a las angustias y esperanzas de los hombres y mujeres con los cuales compartimos la vida. Reunidos en Iglesia, buscamos ser fieles a la historia y realizar la voluntad de Dios, que nos interpela desde la humanidad y especialmente desde los pobres y oprimidos de nuestro pueblo. Hemos comprendido que nuestra fe nos hermana con las tareas de la liberación, defendiendo todos los derechos del hombre y de todos los hombres. El concebir la Iglesia como Pueblo de Dios da apertura al laico y le empuja para que se integre al trabajo, impulsando particularmente la construcción de una nueva sociedad.

La "dignidad laical" se ha ido abriendo paso —no sin tensiones— en nuestra Iglesia. **Se ha crecido en una mayor igualdad dentro de las estructuras y organizaciones eclesiales.** Muchos de nosotros estamos participando en la gestión de diversas instancias eclesiales, en el desarrollo de comunidades y en la animación de grupos laicales. Desde estas experiencias concretas valoramos la corresponsabilidad y los avances en la participación del laicado al interior de la Iglesia.

1.3. MEDELLIN Y PUEBLA: EL DESAFIO DE LA OPCION POR LOS POBRES

Se ha avanzado en una síntesis mayor entre la fe y la política las ciencias, las culturas. Hemos constatado que la fe es vehículo de esperanzas sociales y animadora de signos concretos de liberación. Hemos valorado, sobre todo, que las demandas de justicia y respeto de los derechos de los pobres han abierto camino a la presencia de un proyecto de

los pobres. Reconocemos que la Iglesia Latinoamericana ha dado grandes pasos en su compromiso con ellos. Una verdadera "irrupción" de los pobres en la Iglesia ha producido el inicio de un proceso de conversión a su causa.

En este horizonte hemos recuperado el testimonio pionero de laicos latinoamericanos, algunos de ellos vinculados a PAX ROMANA desde los años 30, que aportaron ya aspectos importantes de este proceso en el cual, gracias al impulso del Vaticano II, Medellín y Puebla, los laicos trabajamos conjuntamente con los sacerdotes y demás agentes de pastoral en favor del pueblo, asumiendo su realidad de pobreza e injusticia, como lo hizo Cristo.

La reunión de Medellín, empapada del espíritu del Vaticano II y confrontada con la cruda realidad del continente, escuchó el "sordo clamor" de los más pobres y asumió el "ser una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida con la liberación de todo el hombre y todos los hombres" (Juventud 15). La liberación se entiende como pasar para cada uno y para todos los varones y mujeres de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas, de modo que todos los hombres sean autores y realizadores de su destino.

Medellín fue el primer gran momento, para pensar la situación de nuestros países a la luz del Concilio y poder así dar testimonio del Evangelio. Leer los signos de los tiempos en América Latina significó mirar cara a cara la inhumana situación de pobreza y opresión de las grandes mayorías y, al mismo tiempo, considerar como protagonista al pueblo pobre, que reivindica su derecho a la vida, para anunciar desde allí el Evangelio.

La opción preferencial por los pobres dinamiza la Iglesia en América Latina. El riquísimo e intenso proceso de crecimiento eclesial, el desarrollo de las comunidades eclesiales de base y la fecunda reflexión teológica que ha acompañado y acompaña el compromiso de la Iglesia con los desposeídos, nos ha marcado como laicos, acompañando nuestra acción en la sociedad y afirmando nuestra identidad eclesial.

Como miembros de un movimiento de intelectuales y profesionales de esta Iglesia dejamos constancia de los frutos que nosotros mismos hemos obtenido gracias al Concilio, Medellín y Puebla.

2. DISCIPULOS DE CRISTO EN LA REALIDAD DE AMERICA LATINA

2.1 DESAFIOS DE LA REALIDAD

- **Defender la vida** de las grandes mayorías de nuestro pueblo latinoamericano, que se encuentra en situación de pobreza y miseria como consecuencia de actitudes, situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, secularmente injustas que lo oprimen y le niegan la dignidad de hijas e hijos de Dios, esforzándose por crear nuevas estructuras justas y fraternas.
- Defender la dignidad de los pobres y los derechos humanos que se violan sistemáticamente en nuestro continente.
- **Acompañar la toma de conciencia** de los hombres y mujeres de nuestro pueblo de su situación de opresión; sus crecientes esfuerzos por transformar la realidad en que viven, para que puedan responder en forma liberadora a sus necesidades de subsistencia y ser gestores y protagonistas de su propia liberación.
- **Defender y rescatar las culturas del pueblo latinoamericano**, valorizando y potenciando su creatividad e identidad. Reorientar los medios masivos de comunicación para que sirvan de instrumentos de expresión y forja de identidad cultural y no —como ahora—, instrumentos de opresión cultural, de pasividad y difusión de valores consumistas y extranjerizantes.
- **Revalorizar las distintas dimensiones de la vida personal y afectiva y familiar** como aspectos con consistencia propia dentro del proceso de liberación integral.
- **Poner la profesión, la ciencia, la técnica y el arte al servicio de los pobres** y no al servicio de sistemas opresores; recuperando los elementos de su sabiduría propia que le han permitido al pueblo subsistir en situaciones extremas.

Integrarse activamente a la lucha por la democratización de nuestras sociedades. Democratización que significa un proceso integral —económico, político y socio-cultural— capaz de asumir la diversi-

dad cultural y racial y de respetar la autonomía y autodeterminación de grupos y naciones.

- **Crear conciencia de la injusticia que representa la deuda externa** de los países de América Latina y de la necesidad de promover un nuevo orden económico internacional.

2.2. LUGARES MAS URGENTES DE COMPROMISO

En el mundo del pobre: en fidelidad a la opción preferencial por los pobres el principal lugar de compromiso son los sectores populares. En relación con ellos destacamos el **trabajo**, que está marcado por relaciones injustas, desiguales deshumanizantes. Es realmente angustiada la situación de los desempleados y subempleados, de los millones de campesinos sin tierra y en general de todos aquellos que sólo ganan el salario mínimo o menos que eso. Es preciso que rescatemos el sentido cristiano del trabajo y de las relaciones humanas, también en lo económico. En búsqueda de una salida a tal situación debemos apoyar los diversos esfuerzos de **organización de los pobres** a los diferentes niveles y comprometernos en la **solidaridad** con la causa y la defensa de los derechos humanos.

En la Educación: debe ubicarse dentro de la opción por los pobres y servir para la clarificación, integración y realización de un proyecto histórico a nivel nacional y latinoamericano, que surja de las mayorías y esté al servicio de su desarrollo integral. Promoviendo la participación real y democrática del educando en la escuela; redefiniendo el rol de la Universidad al servicio de las complejas necesidades técnicas y científicas de nuestros pueblos.

En la Familia: comprendemos el mundo familiar como insustituible en la formación de niños, jóvenes y nuevas parejas, sobre todo en lo que respecta a la dignidad y derechos de todos los seres humanos, valor de la vida, y particularmente la dignidad de la mujer.

En la Política: es tarea del laico participar conscientemente tanto en lo socio-político como en la política partidaria, para ser fermento de los valores cristianos, defendiendo la vida y la dignidad de todos los seres humanos como hijos de Dios. Es importante también ocupar cargos directivos para ejercerlos con profunda actitud de servicio. Vemos la necesidad de luchar por la promoción humana de todos sin actitudes meramente asistencialistas o paternalistas. De ahí la importancia de res-

petar y defender los esfuerzos políticos del pueblo para defenderse del hambre, la ignorancia y la misma muerte y para construir la vida, la dignidad humana y la felicidad.

Con la Juventud: en un continente mayoritariamente joven es indispensable fortalecer la pastoral juvenil orientándola a la participación de los jóvenes en la vida de las comunidades y en la acción evangelizadora; y la presencia activa y el aporte de los jóvenes en la vida social, cultural y política.

Mujer: su presencia específica es cada vez mayor en todos los campos en que se está gestando el proceso de liberación en nuestro continente. La liberación de la mujer, que implica también la del varón, es una dimensión esencial de la liberación integral. Aporta desde su propia identidad femenina valores humanos necesarios en el proceso de construir una vida más humana y justa.

Profesión: como profesionales e intelectuales reconocemos la profesión como instrumento valioso y necesario en nuestro compromiso, tanto en el desempeño de la misma como en instancias de organización de los profesionales, para cuestionar los condicionamientos de la ciencia y la cultura y lograr que éstas sirvan al desarrollo y cambio social. El espacio de la formación universitaria debe unirse al profesional como lugar del compromiso.

Vida personal: las transformaciones sociales y estructurales exigen la transformación de las actitudes personales, es decir, de todo aquello que entraña la vida cotidiana y que revela la coherencia personal en relación a las opciones fundamentales. El compromiso debe darse en la totalidad de la vida del cristiano y avanzar desde prácticas más individuales de compromiso, hacia formas más colectivas y solidarias.

2.3. EVANGELIZACION DE LA CIENCIA, LA TECNICA Y LA CULTURA

Como movimiento de intelectuales y profesionales cristianos consideramos como lugar importante de nuestro compromiso la evangelización de la ciencia y las culturas.

Tratamos de contribuir a la evangelización del mundo de las ciencias y las culturas que nos son propios y están presentes en ellos con la voluntad de servir prioritariamente a los pobres, formulando pro-

puestas alternativas para el conjunto de la sociedad. Lo hacemos preferentemente con un testimonio de servicio. Participamos en el diálogo intelectual, poniendo el acento en un estilo de vida; de práctica profesional y política, de coherencia ética y profunda efectividad.

Esta voluntad de acercamiento y actitud de servicio a los sectores populares nos permite descubrir y valorar los elementos de la cultura y sabiduría del pueblo y llegar a sistematizarlos, logrando nuevas síntesis profesionales-científicas.

En el campo de la técnica evangelizar es enseñar a usar los recursos de la producción para que sirvan a las necesidades básicas de los sectores populares contra lo que propicia el sistema dominante, que mira la rentabilidad económica del gran capital, sirviendo preferentemente a los grandes propietarios y productores. Dentro de este mismo campo entra la búsqueda de una tecnología apropiada a las necesidades de las grandes mayorías como elemento básico y humanizador de toda la economía.

El profesional está en el engranaje mismo de la construcción de la sociedad en sus diferentes aspectos: economía, política, cultura, etc. Por ello es aceptado dentro del sistema para mantenerlo y fortalecerlo. Esta capacitación, necesaria para la reproducción de la opresión, es asimismo una posibilidad de aporte para el cambio social. Como aspecto fundamental de la evangelización consideramos la denuncia de la idolatría del poder económico, político e ideológico, que lamentablemente opera con el apoyo mayoritario de los intelectuales y profesionales.

Consideramos que en el medio intelectual y científico, es una tarea irrenunciable ser testigos explícitos de Jesucristo muerto y resucitado. Debemos llevar la luz del Evangelio a nuestros propios compañeros, viviendo y anunciando sus valores en el ejercicio de nuestra profesión. En este mundo técnico y científico —donde opera una racionalidad individualista y secularizada, sentimos la urgencia de anunciar a Cristo como Salvador y liberador del hombre y de todos los hombres frente al feciche del “superhombre”, personal o colectivo, que el mundo moderno ha creado.

2.4. RELACION ENTRE FE Y COMPROMISO

La integración creciente entre fe y compromiso, fe y acción transformadora, fe y compromiso político, hace hoy explícito el sentido úl-

timo y decisivo de nuestra acción en el mundo. Se trata de la anticipación necesaria del Reino, que no se agota en limitadas conquistas históricas pero pasa necesariamente por ellas. La vivencia de la fe cristiana exige hoy el compromiso de acción en el mundo, el testimonio personal y colectivo, la profecía y hasta la aceptación del martirio por fidelidad a la misión. La comprensión cada vez más difundida de esta relación entre la fe y compromiso en la historia es uno de los avances más notables de nuestra Iglesia de América Latina.

Es estilo de vida de nuestros grupos y comunidades, inspirado en el espíritu de la revisión de vida, integra la fe y el compromiso. Vivimos el compromiso a la luz de la fe y buscamos madurar en ésta a través del compromiso revisado en comunidad.

Tratamos de que haya una vinculación entre fe y compromiso en toda nuestra vida personal, familiar, profesional y militante. Nuestra espiritualidad en fidelidad al Señor presente preferencialmente en el pobre es la base de esta integración entre fe y compromiso.

3. COMPROMISO ECLESIAL

Como miembros de un movimiento eclesial nos sentimos urgidos a compartir nuestro compromiso dentro de la comunidad cristiana a la que pertenecemos, y dentro del conjunto de la Iglesia, ofreciendo nuestro aporte personal y colectivo para que toda ella sea fiel al proyecto de Jesucristo y dejándonos evangelizar por los demás y especialmente por los pobres. Les pedimos a nuestros pastores que nos acompañen en el ejercicio de nuestra misión con su valiente denuncia de todo aquello que retrasa el Reino de Dios en nuestra historia, y a la vez con su anuncio claro y esperanzador de los valores evangélicos. Debemos ayudar a nuestros pastores con nuestra palabra, vida y confianza a ser sensibles a la realidad que vive la mayoría del pueblo y a vivir más cerca de él.

A la luz del Vaticano II y a partir de nuestra experiencia exponemos nuestra participación en el conjunto de la Iglesia y los problemas y tensiones que de ahí derivan.

3.1. DIVERSIDAD DE MINISTERIOS Y UNIDAD DE MISION

Afirmar “la unidad de misión en la diversidad de ministerios” es una tarea fundamental para el desarrollo armonioso de la obra evangelizadora dentro y fuera de la comunidad de creyentes. Ser todos una misma familia, conscientes de la necesidad de los demás miembros en la totalidad del Cuerpo Místico, al que estamos convocados desde Cristo y por El, es una exigencia para profundizar simultáneamente la eclesiología del Concilio y la eclesialidad de nuestro compromiso laical.

Indudablemente el Concilio plantea una rica relación entre el laicado y la jerarquía eclesiástica, hasta ese entonces marcada frecuentemente por el paternalismo por parte del clero y por una cómoda, pasiva y sumisa actitud de los laicos. Vaticano II deja sentadas las bases para una toma de conciencia de las relaciones entre jerarquía y laicado, que abre el camino para la participación activa de los laicos en la misión de la Iglesia.

No obstante, este avance y acercamiento “laicos-jerarquía” tropieza con el hecho de que una mayoría de los laicos no ven aún a la Igle-

sia como suya, y suelen identificarla con el clero, refiriéndose a ella en tercera persona. Puede decirse que el laico, en general, no tiene aún suficiente conciencia de su corresponsabilidad orgánica dentro de la Iglesia. Por su parte, algunos pastores no siempre admiten a plenitud la relación familiar que se refiere Vaticano II y a veces no sólo no estimulan, sino llegan hasta a frenar la misión y vocación del laico en el seno de la Iglesia.

Es importante destacar que los laicos organizados necesitan un mayor apoyo del clero: una mayor presencia de sacerdotes que animen, alienten y asistan espiritualmente a los laicos organizados en movimiento y grupos de carácter apostólico. Los laicos necesitan reconocimiento de su presencia propia en el seno de la Iglesia a través de una relación estrecha y fraterna con la jerarquía eclesial.

El término “sacerdocio común”, basado en la Palabra de Dios y empleado por el Concilio para referirse a la misión de los seglares, es prácticamente desconocido entre el laicado. La mayoría sólo conoce el “sacerdocio ministerial”. Con todo, en algunos grupos se comienza a hablar de “sacerdocio común” y a distinguirse las distintas funciones que corresponden a los “ministerios de los sacramentos” (sacerdocio ministerial) y a todos los bautizados, como la santificación del mundo y en el mundo (sacerdocio común).

El Concilio Vaticano II ha dinamizado las posibilidades de participación de los seglares dentro de la Iglesia. En estos últimos veinte años han proliferado en América Latina los servicios y ministerios laicales, de los que se hacen eco los documentos de Puebla (cf. 804 y 805). Son nombrados como ministerios sin orden sagrado y se refieren a aspectos realmente importantes de la vida eclesial: en el plano de la Palabra, de la liturgia o del acompañamiento de la comunidad. Enumeramos la participación de miembros de nuestro movimiento en tales funciones:

- Catequesis de niños, de jóvenes y adultos como preparación a los sacramentos de la Eucaristía y Confirmación.
- Preparación de padres de familia para la celebración del bautismo de sus hijos y de parejas para el matrimonio.
- Participación en celebraciones litúrgicas.
- Asesoría y acompañamiento de las comunidades eclesiales de base

y de movimientos y grupos juveniles.

- Participación en encuentros eclesiales de evaluación y planificación pastoral.
- Participación en instancias eclesiales de carácter nacional e internacional, que atañen a la organización del apostolado de los laicos o a campos especialmente vinculados a tareas seculares, como la promoción de los sectores populares, la defensa de los derechos humanos, etc.

3.2 RELACION CON LAS COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE Y DE OTROS GRUPOS LAICALES

Las comunidades eclesiales de base son actualmente el hecho eclesial más vigoroso en la tarea evangelizadora de América Latina. Son medio de evangelización y de promoción humana. En ellas hombres y mujeres asumen roles específicos en la construcción eclesial y en la solidaridad con los pobres. Nacidas entre los pobres y oprimidos —con el concurso de agentes pastorales y laicos, y formadas primordialmente por gente pobre, campesinos y pobladores de barrios marginados, las CEB son hoy el testimonio más elocuente de una Iglesia que, comprendiendo el sentido histórico de la irrupción del Reino, va comprometiendo a todos en la tarea de acogerlo y extenderlo a través de las conquistas parciales e imperfectas que lo anticipan. Este espíritu, que anima a las CEB, mostrando la fuerza de los débiles, las convierte en uno de los hechos más notables de la vida de la Iglesia después del Concilio.

Una gran parte de los miembros del MIIC tratan de practicar la opción por los pobres vinculándose a las CEB. Nuestra relación consiste primordialmente en el acompañamiento y asesoría a ellas. En cualquier caso procuramos que nuestra participación no disminuya la responsabilidad y protagonismo de los pobres. Ofrecemos nuestra colaboración a los miembros de la CEB para el conocimiento y análisis de la realidad y para organizar servicios populares que requieren de la participación de profesionales: salud, consultorios jurídicos, etc.

Mantenemos una relación con el MIEC (Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos) por la vinculación orgánica desde su fundación entre MIEC y MIIC dentro de PAX ROMANA y por haber pertenecido muchos de nosotros en nuestra época de estudiantes a ese movimiento. Algunos de nuestros militantes colaboran como asesores de

grupos estudiantiles. Con alguna frecuencia tenemos Eucaristías juntos y también encuentros. Tenemos actividades en común, para jornadas de estudio y servicios de apoyo a CEB y otras instancias como parroquias, vicarías, etc.

Como movimiento de laicos procuramos tener relaciones con otros grupos y movimientos de laicos a nivel nacional e internacional, particularmente con las O.I.C. para apoyarnos mutuamente a crecer en fidelidad a la causa de Jesús.

Destacamos la importancia de esta vinculación entre los grupos laicales para poder dar nuestro aporte colectivo a la tarea evangelizadora de toda la Iglesia. Como reconoce el magisterio, el laico tiene una misión propia ante las realidades temporales. Consiste en contribuir desde su inserción en ellas a la acogida del Reino impulsando tareas de construcción de una sociedad justa y fraterna. **El apostolado asociado de los laicos contribuye eficazmente a dar consistencia a su misión en la Iglesia y en el mundo.**

Nuestra conciencia de participación en la misión de la Iglesia ha crecido por el hecho mismo de pertenecer a un movimiento de apostolado. Nos ha ayudado a crecer en conciencia y a compartir lo que tenemos. El ser un movimiento que se va articulando más y más a nivel nacional, latinoamericano y mundial da consistencia a nuestra vivencia comunitaria y a nuestro aporte. Hemos podido ofrecer a la Iglesia y a toda la sociedad nuestros conocimientos y adiestramientos intelectuales y profesionales, buscando soluciones técnicas apropiadas, contribuyendo a un conocimiento crítico de la realidad y colaborando a formular una reflexión teológica a partir de lo que el Señor nos revela en la realidad de América Latina.

3.3. PROBLEMAS Y TENSIONES

Reconocemos que se ha crecido notablemente en participación laical. Sin embargo, quedan signos de falta de conciencia eclesial en muchos laicos y de "clericalismo". De ahí los problemas y tensiones que recogemos en este apartado.

En algunas parroquias y en otras instancias eclesiales aún encontramos prácticas de subordinación del laico como efecto de cierto autoritarismo por parte del clero. Al asumir los laicos tareas de mayor

compromiso eclesial, se ha suscitado en algunos miembros de la jerarquía cierto temor a perder autoridad, por sentir cierto desplazamiento en funciones que eran hasta ahora de acceso y responsabilidad exclusiva de los clérigos.

Las relaciones entre la jerarquía y el laicado se resienten todavía con bastante frecuencia de un tratamiento demasiado paternalista. No se asumen adecuadamente la corresponsabilidad y el diálogo inspirados en el Concilio. No es infrecuente la falta de confianza en los laicos por parte de los pastores, a pesar de las claras orientaciones de Medellín:

“Que se tenga muy en cuenta la importancia de las organizaciones y movimientos católicos de juventud, en particular aquellos de índole nacional e internacional.

Que se les conceda una mayor confianza a los dirigentes laicos y se reconozca la autonomía propia de los movimientos seculares” (Juventud, 17).

Sucede también que los laicos no tenemos confianza en nosotros mismos ni reconocemos nuestra función específica, puesto que con frecuencia se sobrevalora la figura del sacerdote o del religioso-a.

Una dificultad importante es la que se vive para participar en niveles de decisión respecto a asuntos fundamentales de la vida eclesial, que permanecen reservados como patrimonio de los obispos y sacerdotes. Sirva como ejemplo el poco reconocimiento que por lo común se concede a los laicos en la elaboración teológica, aún tratándose de hablar de la experiencia de Dios en asuntos en los que el laico tiene un conocimiento directo y vivencial, como son el matrimonio, la familia, la economía y aún la política.

No faltan tensiones en la relación entre pastores y laicos en ciertos casos. El conflicto suele aparecer en la Iglesia cuando ella se abre a un mundo que no es armónico, sino que está desgarrado por la contradicción y el conflicto en muchos niveles. Ordinariamente falta acompañamiento cuando la práctica solidaria de los militantes cristianos adquiere carácter político. A pesar de proclamar en teoría la neutralidad de la Iglesia en cuanto a posiciones partidarias que no atenten a derechos inviolables de la persona, percibimos que no todas las opciones de tipo político tienen la misma “carta de ciudadanía” en el interior de la Iglesia. Esta es una de las fuentes de frustración y de desencanto.

La participación cada vez más estrecha de los seglares en tareas eclesiales trae en algunos casos la dificultad de cargar con demasiados trabajos, que conllevan el peligro de cansancio, dispersión y activismo. Este tipo de dificultad se da en aquellas iglesias locales que ofrecen mayor oportunidad a la colaboración del laico.

A fin de que las relaciones entre laicos y jerarquía sean más estrechas, es necesario un mayor acercamiento mutuo. Esto puede lograrse propiciando reuniones conjuntas, contacto personal y, ante todo, ofreciéndonos a colaborar en tareas eclesiales. Ayuda también la difusión de los documentos de la Iglesia, que alientan la participación del laico.

Para que la relación sea mayor y más amplia entre laicos y jerarquía, los laicos organizados deberían coordinar mejor sus acciones, conocer más y mejor los carismas que lo identifican y aunar esfuerzos para no duplicarlos inútilmente; hecho que suele darse frecuentemente y que en ocasiones confunde a los propios pastores.

4. ESPIRITUALIDAD Y CELEBRACION DE LA FE

Entendemos la espiritualidad en su sentido más radical y profundo en referencia a su fuente, que es el Espíritu. Existe espiritualidad cuando nos dejamos guiar por El; cuando permitimos que penetre hasta lo más íntimo de nuestros pensamientos y acciones, dejándonos conducir por El. La negación de tal espiritualidad consistirá en dejarse dominar por los ídolos del tener, del saber, del poder, que son, en definitiva, fuerzas de muerte. Se vive una espiritualidad en permanente riesgo de infidelidad al Señor que es vida, amor, servicio y plenitud.

La espiritualidad abarca toda nuestra vida. Ella ofrece el sentido último de nuestras acciones, indicando las opciones y motivaciones profundas de cuanto sentimos, pensamos, queremos y hacemos. El horizonte que guía nuestros pasos, vidas y acciones es el Reino de Dios, que se nos ofrece como Don que debemos acoger y como Tarea de extenderlo. Sentimos la urgencia de acoger y extender el Reino ante la presencia del pecado, personal y colectivo, raíz principal de la situación de injusticia y opresión en que se halla nuestro continente.

Nuestra espiritualidad tiene tres ejes fundamentales: 1) Jesucristo, Nuestro Señor muerto y resucitado, a quien debemos anunciar como el Liberador integral del hombre; 2) la Iglesia como sacramento universal del Reino, que es la comunidad de seguidores de Jesús; 3) los pobres de nuestro pueblo, en los que encontramos el rostro sufriente del Señor y que nos interpelan con su dura realidad y con la vivencia de los valores evangélicos.

4.1. CARACTERISTICAS DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

Enumeramos algunas de las características que consideramos fundamentales en nuestra espiritualidad de laicos cristianos.

- Reconocimiento del Señor presente en el pobre y oprimido, que nos exige identificarnos con su causa.
- Exigencia de anunciar a Jesucristo como Liberador integral del hombre y de todos los hombres que nos lleva al seguimiento personal y comunitario de su práctica.

- **Identificación plena con la Iglesia** y con su misión evangelizadora, intentando edificar una Iglesia viva, que sea fiel a Jesucristo desde la preferencia real por los pobres.
- **Referencia permanente a la Palabra de Dios**, que es luz y guía en el camino para descubrir e impulsar el plan de Dios.
- **Espiritualidad de la fraternidad** dentro del mundo, que nos impulsa a llevar los valores evangélicos creando una nueva sociedad justa y fraterna.
- **Testimonio de vida**, que implica conversión personal y coherencia entre fe y vida, que alcancen a todas las dimensiones de la persona y de la vida en sociedad: pareja, familia, hijos, profesión, etc.
- **Compromiso de liberación** ante el reconocimiento de la presencia del pecado, del conflicto y la opresión en la sociedad en el mundo, exigiendo el cambio de estructuras sociales injustas y de actitudes personales opresoras.
- **Exigencias de contemplación** como encuentro gratuito con Dios en la oración; los sacramentos y el reconocimiento de su presencia salvadora en la historia, llegando a ser “contemplativos en la acción”.
- **Exigencia de una profunda libertad** como condición para un compromiso auténtico, desligado de dogmas y compromisos subalternos.
- **Celebración y vida comunitaria** de la fe como estímulo de conversión permanente al Señor en referencia a la realidad de nuestro pueblo, a nuestra práctica militante y a la globalidad de nuestra vida.

Todas estas dimensiones son necesarias para nuestra espiritualidad laical dentro del mundo pero reconocemos los problemas y dificultades que experimentamos para vivir nuestra espiritualidad. Se dan tensiones entre los diferentes campos de nuestra vida: relaciones de pareja, familia, ejercicio de la profesión, compromiso político, responsabilidades eclesiales, etc. El laico comprometido suele tener múltiples lugares de inserción y un intenso ritmo de vida, que hace peligrar la dimensión espiritual por la “neurosis del activismo”. De ahí que experimentamos la necesidad de la comunidad como lugar para explicitar y compatir estas

tensiones y avanzar en la coherencia de nuestra vida. Por otro lado, como profesionales a veces sentimos inhibición para expresar abiertamente nuestra fe ante los demás debido al laicismo de algunos centros académicos y al ambiente secularizado en que nos movemos por el ejercicio profesional y la militancia política.

4.2. CELEBRACION DE LA FE Y VIDA COMUNITARIA

Dentro del movimiento hemos aprendido a valorar y vivir nuestra fe en comunidad. Hemos descubierto que, para poder evangelizar y ser evangelizados, necesitamos de una experiencia de comunidad que nos acompañe, acoja y cuestione permanentemente. Hemos crecido en la convicción de que la comunidad cristiana es un lugar de encuentro fraterno, de oración y celebración de nuestra fe, de cuestionamiento y enriquecimiento constante, de servicio y animación de nuestra esperanza.

El eje de nuestra pedagogía es la revisión de vida, entendida como un estilo de vida comunitaria. En esta metodología nos formamos revisando nuestra práctica, iluminándola con la Palabra del Señor y los textos del magisterio y comprometiéndonos cada vez más en una práctica evangelizadora.

La revisión de vida, antes que método de reflexión, es práctica de fraternidad cristiana crítica y exigente. Nos ayuda a seguir unidos el camino de Jesús, que implica ser fieles a los pobres y abiertos a todos los hombres. Nos exige cuestionarnos sobre nuestras incoherencias y falta de compromiso, pues la fe sin obras no tiene sentido; como tampoco lo tendría la preferencia por los pobres sin la universalidad del llamado a la salvación.

Como profesionales e intelectuales cristianos queremos ayudar a construir la Iglesia viva de Jesús. Esto se va haciendo realidad para nosotros en la pequeña comunidad en que nos vamos formando. Pero el espíritu comunitario no acaba en ella, sino que debe vivirse en relación con las comunidades eclesiales de base y otros grupos cristianos y dentro de las diferentes instancias mayores de la Iglesia (parroquia, diócesis, etc.). Esto nos lleva a valorar la práctica sacramental, en que se expresa la vivencia comunitaria de toda la Iglesia.

Existe una manera superficial de acercarse a los sacramentos, entendidos como meros ritos puntuales y esporádicos. Cumplida la re-

cepción de los mismos, la gente pierde contacto con la Iglesia. Nuestra experiencia, sin embargo, es que la recepción sacramental nos ayuda a fortalecer la vida de comunidad y a impulsar una actitud de compromiso o servicio hacia los demás.

Los sacramentos nos dan pertenencia a la Iglesia y nos impulsan a dar testimonio de Cristo resucitado... Por eso participar vitalmente en el misterio pascual de Jesucristo, crucificado y resucitado, mediante los sacramentos es reconocer y acoger su amor y gratuidad. Acoger los sacramentos es comprometerse a dar testimonio personal y colectivo de que creemos en Él; es asimismo comprometerse a seguirle formando la comunidad de sus discípulos.

Entre los sacramentos destacamos la importancia vital de la Eucaristía. En ella celebramos la liberación en Cristo y la fraternidad entre los hombres. Las eucaristías en grupo pequeño son vivencias de reconocimiento de la bondad de Dios así como fuente de fraternidad. Así las hemos experimentado en las celebraciones tenidas dentro del movimiento o con otras personas que comparten similares experiencias. Con todo, comprendemos que la celebración de la fe no debe reducirse a pequeños grupos, antes bien, participamos en nuestras parroquias y necesitamos abrirnos a todos los hermanos en la fe y de manera particular a nuestro pueblo pobre y creyente. Su religiosidad sencilla y profunda cuestiona la nuestra y nos llama a una vida comunitaria y fraterna abierta a todos los hombres. Nuestra participación en momentos fuertes de la religiosidad popular ha alimentado nuestra fe y ha fortalecido nuestro sentido eclesial, ayudándonos a superar el peligro de elitismo.

La oración personal y en comunidad es alimento permanente de nuestra vida cotidiana, experiencia de gratitud que es fuente de libertad y responsabilidad en nuestro compromiso.

4.3 REFLEXION TEOLOGICA

Dentro de nuestro movimiento vamos descubriendo, como una exigencia y una tarea, la elaboración de una teología que acompañe nuestro compromiso. La vemos como una dimensión de nuestra espiritualidad.

Entre nosotros existe el deseo y la voluntad firme de que la refle-

xi3n teol3gica sea un servicio a la Iglesia, a la par que resultado de un esfuerzo colectivo. Podemos decir que la elaboraci3n teol3gica, tal como la practicamos, es una verdadera experiencia espiritual. Tiene mucho que ver con el esp3ritu de la revisi3n de vida. Viene a ser la revisi3n de vida practicada con la ayuda de la reflexi3n b3blica y el aporte de las disciplinas humanas.

Destacamos el esfuerzo que estamos haciendo por reflexionar unidos sobre nuestra fe. Las jornadas de estudio y las reuniones que dedicamos a ello van estrechando lazos de unidad entre nosotros y nos van haciendo m3s sensibles a los problemas de nuestro pueblo. Descubrimos aqu3 un servicio que 3ste requiere de nosotros. Experimentamos a la par que nuestro pueblo nos evangeliza y nos ense1a a hacer teolog3a. Con su fe sencilla los miembros de las comunidades eclesiales de base van poniendo las bases de una teolog3a de la liberaci3n, cuando por medio de la Palabra de Dios, le3da y reflexionada en comunidad, descubren a Dios como el Se1or de la Vida, protector de los pobres y los d3biles, buscan la igualdad de derechos, proclaman la justicia y practican la solidaridad y el amor, y estimulan a toda la Iglesia a ser signo eficaz del Reino. Como intelectuales y profesionales nos sentimos llamados a recoger este testimonio viviente del Dios del Reino, a sistematizarlo y a devolverlo a los miembros de las comunidades y a toda la Iglesia. En nuestros Encuentros Latinoamericanos hemos profundizado en problem3ticas como el compromiso del profesional en Am3rica Latina, su espiritualidad, su aporte a la Iglesia; la religiosidad popular y la vida comunitaria.

5. INQUIETUDES Y SUGERENCIAS

El Concilio Vaticano II señala un momento importante en la vida eclesial y en el compromiso de los laicos. Las enseñanzas y propuestas del Concilio en cuanto a la tarea de los laicos en la Iglesia y el mundo deben ser llevadas a la práctica con urgencia, si la Iglesia quiere ser sacramento universal de salvación. La aplicación que hizo Medellín de las conclusiones del Concilio tiene completa actualidad, pues la situación de injusticia, opresión y pobreza generalizada se mantiene en Latinoamérica y aún ha crecido, como lo reconocieron los obispos reunidos en Puebla. Desde la celebración del Concilio hasta nuestros días se ha ensombrecido notablemente el panorama de relaciones a nivel internacional. En los años del Concilio existía cierto optimismo en cuanto al progreso humano. Pero constatamos que tal progreso tiene un alto costo social, como lo manifestaron claramente nuestros obispos en Medellín. Este costo social comienza a sentirse igualmente en los países desarrollados por el crecimiento alarmante del desempleo, la violencia y el armamentismo, que están sembrando una grave sensación de crisis y pesimismo en todos los países, hasta temer una nueva guerra mundial. Todo ello es una razón de más para apostar por la liberación integral, inspirada en la Palabra de Dios, desde la preferencia real por los pobres y oprimidos.

Vivimos este momento previo a la celebración del Sínodo de 1987 sobre los laicos con mucha esperanza en la confianza de que el Espíritu del Señor guía a nuestra Iglesia.

Terminamos nuestra reflexión recogiendo algunas inquietudes y sugerencias que creemos pertinentes a la vez que oramos para que las conclusiones del Sínodo dinamicen la participación y compromiso de los laicos. Nos disponemos a este acontecimiento eclesial en actitud orante de escucha al Señor.

5.1. INQUIETUDES

La Identidad laical: la mayoría de los laicos no tienen conciencia de su propia identidad ni de su función específica. De ahí la falta de confianza hacia otros seglares. Esta situación en buena medida es consecuencia de que no se ha profundizado en Cristo como Cabeza de la

Iglesia y persiste la sobrevaloración de la figura del sacerdote.

Compromiso temporal: la doctrina del sacerdocio común de los bautizados fue entendida unilateralmente como “ofrecer sacrificio espirituales”. A un primer entusiasmo por esta doctrina, que por otra parte ha sido poco difundida, siguió la euforia del compromiso temporal concebido también unilateralmente desde su dimensión secular, olvidando que el compromiso con las realidades temporales le viene al laico por la unidad irrompible de su triple función profética, sacerdotal y real.

Compromiso político: siendo el campo de la política lugar preferente del papel de los laicos en América Latina, en la práctica contamos con dificultades de acompañamiento eclesial. El laico encuentra ordinariamente trabas para el compromiso político. “En la práctica suele haber una aprobación tácita e inclusive explícita a las posiciones políticas que no cuestionan radicalmente el sistema imperante, pero suelen encontrar oposición las posturas que lo cuestionan desde su raíz”. En relación con la política partidaria es importante que la identidad de la Iglesia, reafirmando el legítimo derecho al pluralismo, no quede subsumida en una suerte de unilateralidad. Por otra parte, tenemos el problema de la ética en el campo de la política. Desde luego ésta ha de someterse a exigencias éticas; pero también hemos de tener en cuenta que exige hacerlo insertándose en la complejidad de la realidad concreta. La excesiva carga utópica paraliza al laico para comprometerse eficazmente.

5.2. SUGERENCIAS

- Los laicos no ven a la Iglesia sólo a través de sus textos sino de sus gestos y en la experiencia de su caminar en la historia. Por ello los documentos son importantes en tanto recogen temas de la vida y los problemas de la realidad; sin embargo, es **más determinante el ejemplo, y el testimonio** de acercamiento a este pueblo pobre a través de gestos y actitudes concretas.
- Es importante tener en cuenta que existe una diversidad de generaciones de laicos que han sido marcados por experiencias distintas y que requieren ser tenidos en cuenta para el desempeño de la labor pastoral y el **desarrollo de una memoria histórica** de nuestra identidad eclesial, en vías a una profundización de nuestra fe y

compromiso.

Los ministerios confiados a los laicos constituyen una valiosa expresión de la participación en la misión de la Iglesia. Con todo, deberá cuidarse que no opaquen la promoción del laico en lo que le es peculiar. Para ello es necesario comprenderlos como ministerios que no se reducen a su expresión litúrgica o evangelizadora en el interior de la comunidad eclesial, sino que **deben potenciar la presencia y desarrollo del laicado** en espacios tales como la educación, la salud, la organización popular, la política, la economía, el arte, etc.

- En el desarrollo de los movimientos y de los grupos de laicos se ha tejido una rica experiencia de vivencia de la fe y de la promoción de la justicia. Esto es también una rica experiencia de las comunidades eclesiales de base, de las organizaciones de catequistas y de otros grupos parroquiales tanto del campo como de la ciudad. Ello debe ser **atendido y recogido de forma sistemática** como aporte concreto a la vida de nuestra Iglesia.
- Se requiere una formación de los laicos que aporte **mayores criterios de discernimiento** para buscar con mayor integralidad la profundización de nuestros compromisos. Ha de ser en diferentes aspectos: realidad nacional, doctrina social de la Iglesia, campo de la pastoral, medios organizativos, conocimiento de la Biblia y de la teología, etc.
- Las enseñanzas del magisterio deben formularse y transmitirse en un lenguaje accesible a los sectores populares. **Se deberá consultar a los laicos** sobre qué aspectos de sus tareas temporales requieren orientación y prioridad: por ej. criterios de actuación política, moral social, etc. Se deben dar consultas entre laicos y jerarquía respecto del análisis de la realidad nacional, terreno en el cual nos sentimos con una natural disposición a opinar y hasta con capacitación adecuada.
- Se debe dar una relación de mayor cercanía entre jerarquía y laicos y entre ambos y los desafíos de la realidad de los varones y mujeres de América Latina. **Es necesario estar presentes en el mundo del pobre** abarcando las diversas dimensiones de su vida familiar, de su religiosidad, de sus luchas por la subsistencia y por la vida. Sólo acercándonos al pobre descubriremos la riqueza de su experiencia.

- Se deben **crear los canales necesarios** para la participación de los laicos en la vida de la Iglesia y asentar así su responsabilidad eclesial, buscando conjugar de manera fraterna y evangélica las dimensiones de autoridad y diálogo entre jerarquía y laicado.
- Es necesario que, atendiendo al valor de la secularidad de todos los laicos y de su misión propia y primordial en el orden temporal, **se configuren los consejos de laicos** como organismos horizontales que sirvan al diálogo y confrontación de los laicos entre sí, con la jerarquía y los religiosos, y promuevan la acción conjunta del laicado en torno a situaciones concretas.
- Hay que aprovechar las características similares de los movimientos de laicos para que se organicen para fines comunes. Y es menester avanzar en **mayores niveles de coordinación entre ellos**.
- Se debe afirmar la unidad en medio de la diversidad. Se requiere ir gestando una síntesis entre las diversas experiencias de la vida cotidiana y las exigencias de la fe. Se ha de **desarrollar una espiritualidad para nuestro tiempo** en nuestros países, recogiendo la experiencia de los pobres y de sus comunidades de base, que **márca profundamente a la mayor parte de nuestras iglesias**.
- Es menester que se fortalezca el papel de los laicos como constructores del mundo, desarrollando los valores cristianos en todas las dimensiones de la vida. **No se han de considerar sospechosos los laicos** cuando denuncian situaciones de injusticia o cuando se comprometen sindicalmente o en partidos políticos, si su actuación se orienta al cambio de estructuras injustas y al logro de una vida más humana y justa en nuestro continente.
- Como intelectuales y profesionales cristianos sentimos la **urgencia de evangelizar la ciencia, la técnica y la cultura**. Junto al compromiso en esos ámbitos comprendemos la exigencia de participar en el diálogo intelectual. De ahí, pues solicitamos la ayuda de la jerarquía y de los teólogos, para alcanzar una capacitación adecuada a la vez que pedimos se nos reconozca nuestro papel en el estudio de las disciplinas filosóficas y científicas de que requiere la teología y en la elaboración misma de ésta, para que responda a los desafíos del hombre actual y particularmente a los que proceden de las exigencias de justicia y solidaridad hacia los sectores populares.